

tiga. En los pasos mas difíciles tocaba la música aires animados y los alentaba á superar aquellos obstáculos de tan nueva especie. Al llegar á la cumbre de los montes, hallaban el refrigerio preparado por los religiosos de San Bernardo y descansaban breve rato para desplegar en el descenso mayores y mas peligrosos esfuerzos. De esta suerte se vió á las divisiones de Chambarlhac y Monnier arrastrar por sí mismas su artillería, y como lo avanzado de la hora no les permitiese bajar en el mismo día, preferían vivaquear en la nieve á separarse de sus cañones. Por fortuna el cielo estaba sereno, y no hubo que arrostrar, además de las dificultades de aquellos sitios, la inelemencia del tiempo.

Durante los días 16, 17, 18, 19 y 20 de mayo, continuaron pasando las divisiones con los víveres, las municiones y artillería. Situado constantemente el primer consul en Martigny, aceleraba la expedición del material, Berthier lo recibía al otro lado de los Alpes, y cuidaba de que lo reparasen los obreros. El primer consul, cuya prevision era inagotable, dispuso en seguida á Lannes que tenía ya su división reunida, y algunas piezas de á cuatro habilitadas para el servicio, se apoderase del desfiladero de las montañas, mandándole además que avanzase hasta Ivrea y se posesionara de esta ciudad, á fin de asegurarse por este medio la entrada en la llanura del Piamonte. Lannes marchó el 16 y 17 de mayo sobre Aosta, donde se hallaban algunos croatas que fueron rechazados hasta el fondo del valle, y despues se encaminó á la aldea de Chatillon á donde llegó el 18. Un batallón enemigo, que se hallaba en aquel punto,

fué arrollado y perdió gran número de prisioneros. Lannes se internó despues en el valle, el cual, á medida que se bajaba, se ensanchaba visiblemente, y mostraba á los ojos encantados de nuestros soldados, caseríos, árboles y campos cultivados, en una palabra, todas las vanguardias de la fertilidad italiana. Aquellas valientes tropas marchaban alegremente, cuando angostándose de nuevo el valle les presentó una garganta estrecha y cerrada por medio de un fuerte erizado de cañones. Este fuerte era el de Bard, designado ya como un obstáculo por muchos oficiales italianos, pero como un obstáculo que podía ser vencido. Avanzaron los oficiales de ingenieros agregados á la vanguardia, y despues de un breve reconocimiento declararon que el fuerte obstruía completamente el camino del valle, y que no se podía pasar sin forzar aquella barrera, que á primera vista parecía casi insuperable. Esparcida esta noticia entre la división produjo en todos los soldados la mas dolorosa sorpresa. Hé aquí cual era la naturaleza de aquel obstáculo improvisado.

El valle de Aosta se halla fortificado por un rio que recibe todas las aguas del monte de San Bernardo y que bajo el nombre de Dora-Battea va á derramarlas en el Pó. Al aproximarse á Bard se estrecha el valle, y pasando el camino entre la falda de los montes y el cauce del rio, aparece cada vez mas angosto, y por último cierra el valle casi enteramente un peñasco que parece caído desde las inmediatas alturas. El rio corre por un lado del peñasco y el camino pasa por el otro. Este camino con casas á los lados compone toda la aldea de Bard. Un fuerte inespugnable por su

posicion, aunque mal construido en la cumbre de la roca, abraza con sus fuegos por la derecha el curso del Dora-Battea y por la izquierda la prolongada calle que forma la reducida aldea de Bard. Puentes levadizos cerraban la entrada y salida de esta calle, y una guarnicion poco numerosa, pero bien mandada, ocupaba el fuerte.

Lannes, á quien ningun obstáculo detenia, destacó inmediatamente algunas compañías de granaderos que bajaron los puentes levadizos y penetraron en Bard, á pesar del vivísimo fuego que se les hacia. El comandante del fuerte mandó disparar multitud de balas y aun de granadas sobre aquella desgraciada aldea; pero al fin se suspendió el fuego por consideracion á sus habitantes. La division de Lannes se apostó en las afueras. Era evidente que no podia pasar el material de un ejército bajo los fuegos del fuerte que dominaba el camino en todas direcciones. Lannes dió inmediatamente parte á Berthier, que se apresuró á llegar y reconoció con asombro cuán difícil era vencer el obstáculo que tan inesperadamente acababa de presentarse. Se llamó tambien al general Marescot, quien examinando el fuerte, le declaró casi inexpugnable, no por su construccion, que era mediana, sino por su posicion enteramente aislada. Lo escarpado de la roca no permitía el escalamiento; y aunque sus muros no estaban terraplenados, no podian ser batidos en brecha, por que no habia medio de establecer una bateria á su alcance. Era no obstante posible izar á fuerza de brazos sobre las cercanas alturas algunas piezas de corto calibre. Berthier dió sus órdenes al efecto, y aquellos soldados que estaban

acostumbrados á empresas mas difíciles, trabajaron en subir dos piezas de á cuatro, y aun dos de á ocho, y al fin lograron colocarlas sobre la montaña de Albaredo, que domina la roca y el fuerte de Bard. Roto de repente el fuego de esta bateria causó alguna sorpresa á la guarnicion. Sin embargo no se desanimó por eso; contestó al fuego y desmontó una de nuestras piezas que era de muy corto calibre.

Marescot declaró que no habia esperanza de tomar el fuerte, y que era preciso pensar en vencer aquel obstáculo de otra manera. Hicieronse varios reconocimientos por la izquierda á lo largo de las sinuosidades de la montaña de Albaredo, y hallóse al fin un sendero que al través de muchos peligros, mayores aun que los que habia presentado el mismo San Bernardo, venia á juntarse con la carretera del valle en Saint-Donat, por debajo del fuerte. Aunque este sendero atravesaba una montaña de segundo orden, era por lo menos de tan difícil paso como el de San Bernardo, pues no le frecuentaban mas que pastores y rebaños. Si era preciso intentar otra operacion como la que acababa de ejecutarse, y pasar aquel nuevo desfiladero desmontando y volviendo á montar otra vez la artilleria, y arrastrándola con tantos esfuerzos como antes, podria suceder que no bastasen los brazos del ejército, y que quedase inservible aquel material tantas veces manoseado. Aterrado Berthier dió al punto contraórden á las columnas que llegaban sucesivamente y mandó suspender por todas partes la marcha de las tropas y del material, para no comprometerlas demasiado pasando mas adelante, si por acaso era

preciso retroceder. En un instante cundió la alarma por la retaguardia, creyéndose los soldados atajados en aquella gloriosa empresa, y Berthier despachó muchos correos al primer consul, dándole parte de aquel contratiempo inesperado.

Este se hallaba aun en Martigny, pues no queria atravesar el monte de San Bernardo si no hasta despues de haber presenciado con sus propios ojos la expedicion de las últimas partes del material. Al saber la noticia de la existencia de un obstáculo que se juzgaba insuperable, sintió al pronto cierta especie de sobresalto; pero no tardó en recobrase y se negó obstinadamente á admitir la suposicion de un movimiento retrógrado, porque nada en el mundo podia resignarle á tan duro extremo. Reflexionaba que si una de las mas altas montañas del globo no habia podido arredrarle, mucho menos sería capaz de vencer su valor y denuedo, una roca de poca importancia. «Con la audacia se tomará el fuerte, decia, y si no es fácil tomarlo, puede rebasársele dando un rodeo. Por otra parte, si la infanteria y caballeria pudieran pasar con algunas piezas de á cuatro, se encaminarian á Ivrea, á la entrada de la llanura, y allí aguardarian á que las siguiesen la artilleria de grueso calibre. Si esta artilleria no puede vencer el obstáculo que acaba de presentarse, y si para conseguirlo es preciso tomar la del enemigo, la infanteria francesa es bastante numerosa y sobrado aguerrida para arrojar-se sobre los austriacos y quitarles sus cañones.» Además de esto, estudió de nuevo sus mapas, consultó con multitud de oficiales italianos y sabiendo por ellos que habia otros caminos que

conducian desde Aosta á los valles circunvecinos escribió cartas sobre cartas á Berthier, prohibiéndole que interrumpiese el movimiento del ejército, é indicándole con admirable esactitud los reconocimientos que convenia practicar al rededor del fuerte de Bard. Creyendo que no habia peligro grave si no en la llegada de un cuerpo enemigo que llegase á cerrar el desfiladero de Ivrea, mandó á Berthier que encaminase á Lannes hácia aquel punto por el sendero de Albaredo, haciéndole tomar una fuerte posicion que estuviese al abrigo de la artilleria y caballeria austriacas. «Luego que Lannes guarde la entrada del valle, añadia el primer consul, poco importa cuanto pueda sobrevenir, pues todo consistirá en la pérdida de algun tiempo. Tenemos víveres en suficiente cantidad para esperar, y lograremos al fin nuestro objeto, ora dando un rodeo, ora venciendo el obstáculo que en este momento nos detiene.»

Dadas estas instrucciones á Berthier, dirigió sus últimas órdenes al general Moncey, que debia desembocar por el monte de San Gotardo, y al general Chabran que debia salir por el pequeño San Bernardo delante del fuerte de Bard, y se decidió al fin á pasar en persona los montes. Antes de partir recibió noticias del Var; y segun ellas el 14 de mayo (24 de floreal) el baron de Melas permanecia todavia en Niza. Como fuese entonces el 20 de mayo, no se podia suponer que el general austriaco hubiese acudido desde Niza á Ivrea en el espacio de seis dias. Púsose pues en marcha antes del amanecer del dia 20 para atravesar el desfiladero, acompañándole su ayu-

dante de campo Duroc y su secretario Bourrienne. Las artes lo han pintado salvando las nieves de los Alpes en un brioso caballo; he aquí la verdad. Subió el monte de San Bernardo montado en un mulo, con la lebita gris que llevaba siempre, conducido por un guía del país, mostrando en los pasos difíciles la distracción de un hombre que tiene su imaginación ocupada en otra cosa, conversando con los oficiales esparcidos por el camino, y preguntando de vez en cuando al conductor que le acompañaba, acerca de su vida, sus placeres y sus penas, como un viagero ocioso que no tiene otra cosa que hacer. Este conductor, que era muy joven todavía, le manifestó ingenuamente todas las particularidades de su oscura existencia, y sobre todo la pesadumbre que le ocasionaba no poder, por falta de recursos, casarse con una doncella de aquel valle. El primer consul, unas veces escuchándole y otras preguntando á los muchos transeuntes que habia por la montaña, llegó al hospicio, donde los buenos religiosos le recibieron con las mayores muestras de afecto é interés. Apenas se apeó de su cabalgadura, escribió un billete, y entregándolo á su guía le encargó que lo pusiera en manos propias del administrador del ejército que quedaba al otro lado de San Bernardo. Al regresar aquella noche á San Pedro supo el joven con sorpresa cuan poderoso era el viagero que habia conducido por la mañana, y que el general Bonaparte mandaba darle un campo, una casa, en fin, los medios de casarse y realizar todas las ilusiones de su modesta ambición. Este montañés acaba de morir en nuestros días y en su país

siendo propietario del campo que debia á la munificencia del dominador del mundo. De notar es este singular rasgo de beneficencia en momentos de que asuntos de grande importancia debian embargar la imaginación del primer consul. Aun cuando no fuese mas que mero capricho de conquistador el que movia al general Bonaparte á sembrar al acaso el bien ó el mal, derribando alternativamente imperios ó edificando cabañas, convendria siempre citar semejantes caprichos, aunque no fuese mas que para escitar á la imitación á los soberanos de la tierra. Pero aquel acto de generosidad revela otra cosa. El alma humana se inclina á la bondad en los momentos en que la agitan vehementes deseos; y hace el bien, como para merecer el que ella solicita de la Providencia.

El primer consul pasó algunos instantes en compañía de los religiosos, les agradeció las atenciones que habian guardado con el ejército, y les hizo un don espléndido para socorrer á los pobres y viageros.

Descendió rápidamente, dejándose deslizar sobre la nieve, segun la costumbre del país; y llegó á Etroubles aquella misma tarde. A la mañana siguiente despues de dedicar algunos cuidados al parque de artilleria y á los viveres, partió para Aosta y Bard. Conociendo que era cierto cuanto le habian dicho, resolvió que su infanteria, su caballeria y las piezas de artilleria de á cuatro pasasen por la senda de Albaredo, lo cual era posible reparando el camino. Todas las tropas debian ir á tomar posesion del desfiladero de las montañas delante de Ivrea, mientras el pri-

mer consul haria una tentativa sobre el fuerte, ó buscaba medios de salvar aquel obstáculo haciendo pasar su artilleria por una de las gargantas inmediatas. Encargó al general Lecchi que á la cabeza de los italianos subiese por la izquierda y penetrase por el camino de Grassoney en el valle de la Sesia, que terminaba cerca del Simplon y del Lago Mayor. Aquel movimiento tenia por objeto despejar el camino del Simplon, dar la mano á un destacamento que por allí descendia y reconocer en fin todas las sendas transitables para carros. Ocupóse el primer consul al mismo tiempo del fuerte de Bard. Estaba en posesion de la única calle de la aldea, pero con el gran inconveniente de tener que atravesarla bajo tal lluvia de balas que no habia medio de pasar por allí con un material de artilleria, aun cuando la travesia no fuese mas que de doscientas á trescientas toesas. Intimóse la rendicion al comandante del fuerte, pero este contestó con firmeza y como hombre que apreciaba la importancia del puesto confiado á su valor. Solo la fuerza podia hacernos dueños de aquel paso. La artilleria que estaba asendada sobre la montaña de Albaredo no producía grande efecto; intentóse escalar el primer recinto del fuerte; pero perecieron allí inutilmente ó cayeron heridos algunos bravos granaderos, y entre ellos el escelente oficial Dufourd. En aquel momento marchaban las tropas por la senda de Albaredo, en la que quinientos trabajadores habian hecho las obras mas urgentes. Habianse ensanchado los parages mas estrechos por medio de algunos arrecifes de tierra, disminuido las pendientes demasiado rápidas formando

escalones para apoyar los pies, y por último arrojado algunos troncos de árboles para formar puentes sobre algunos barrancos demasiado difíciles de salvar. Avanzaba el ejército marchando los soldados uno tras otro, y conduciendo los ginetes de la brida á sus caballos. De esta suerte veia el oficial austriaco, que mandaba el fuerte Bard, desfilar nuestras columnas, desesperado de no poder contener su marcha, y daba parte á Mr. de Melas de como era testigo del paso de todo un ejército con su infanteria y caballeria, sin que pudiese estorbarlo, pero respondia con su cabeza de que llegaria sin un solo cañon.

Durante aquel tiempo nuestra artilleria emprendia una tentativa de las mas arriesgadas, como lo era el hacer pasar una pieza bajo el fuego mismo del fuerte á favor de la noche. Desgraciadamente advertido el enemigo por el ruido, disparó cohetes de luz, que iluminaron el camino como si fuese de dia, y le permitieron cubrirlo con una granizada de proyectiles. De trece artilleros que se habian arriesgado á arrastrar aquella pieza, siete quedaron muertos ó heridos; motivo suficiente para hacer desmayar aun á los de ánimo mas esforzado; pero lejos de infundir el desaliento esta catástrofe en nuestros valientes soldados, solo sirvió para sugerir otro medio ingenioso, pero que ofrecia tambien graves peligros. Cubrióse el camino con estiercol y paja, se colocaron estopas al rededor de las piezas á fin de impedir que hicieran el menor ruido aquellas moles de metal sobre sus cureñas, y desenganchando las mulas, esforzados artilleros las arrastraron á brazo y se aventuraron á pasarlas á lo

largo de la calle de Bard bajo las baterias del fuerte. Este medio les dió el resultado mas completo. El enemigo que de vez en cuando hacia algunos disparos solo por precaucion, hirió á un corto número de nuestros artilleros, pero bien pronto á pesar de este fuego se halló transportada toda la artilleria de grueso calibre superándose aquel temible obstáculo, que habia dado al primer consul mas cuidado que el paso del San Bernardo. Los caballos de la artilleria habian tomado el camino de la senda de Albaredo.

Mientras se ejecutaba esta operacion tan atrevida, avanzando Lannes al frente de su infanteria, tomó el 22 de mayo la ciudad de Ivrea, que desde las guerras de Luis XIV no habia sido reparada, y á la cual, por un presentimiento singular aunque tardío, hacia fortificar en aquel momento el estado mayor austriaco. Todas las defensas de Ivrea consistian en una ciudadela separada del recinto de la plaza, y en un cerco de murallas guarnecidas con baluartes. El valiente general Watrin á la cabeza de su division asaltó la ciudadela, Lannes se dirigió en persona contra la plaza, y los soldados tomaron una y otra por asalto. Habia en ellas de cinco á seis mil austriacos, siendo la mitad de caballeria, que se retiró á todo escape. Lannes les hizo muchos prisioneros, y arrojándolos fuera del valle, vino á tomar posicion á la entrada del llano del Piamonte y en los mismos puntos designados por el primer consul. Algunos dias despues la ciudad de Ivrea que habian defendido los austriacos, era, sino un obstáculo insuperable, por lo menos un grave estorbo. Se encontraron allí víveres y artilleria; se lle-

varon á cabo sus fortificaciones, y se la abasteció con suficientes provisiones para que en caso de algun revés, fuese uno de los apoyos de nuestra linea de retirada.

Entre tanto, bajaba el general Chabran con su division por el pequeño San Bernardo, y como esta division contaba muchos conscriptos recientemente incorporados en sus filas, se le confió el bloqueo del fuerte de Bard, que no debia tardar en rendirse, cuando se viese sin recursos y rebasado ademas por la artilleria, cuya marcha no podia ya contener. El general Thurreau, á la cabeza de un cuerpo de cuatro mil hombres, se apoderaba de la salida de Suza, hacia mil quinientos prisioneros y cogia algunos cañones; pero se veia obligado á detenerse á la entrada del valle entre Suza y Bussolino. El general Lecchi con los italianos daba la vuelta al valle de la Sesia, rechazaba la division de Rohan, la arrebatava algunos centenares de hombres y venia á despejar el desfiladero del Simplon y dar la mano á un destacamento de la division que habia quedado en Suiza al principio de la campaña. En fin el cuerpo del general Moncey, que hacia mucho tiempo estaba escalonado en el valle de San-Gotardo, trepaba á sus alturas.

De esta suerte se efectuaba el movimiento general del ejército en todas partes con un éxito completo. Era en fin indispensable salir del valle de Aosta. Lannes, siempre á vanguardia, dejó este valle el 26 de mayo (6 de pradiel) y no vaciló en presentarse en la llanura. El general austriaco Haddick tenia á su cargo cerrar aquella salida de los Alpes con algunos miles de hombres de in-

fanteria y su numerosa caballería, hallándose defendido por un riachuelo, el Chin-Sella, que desagua en el Dora-Baltea, y sobre el cual había un puente. Lannes se encaminó allí rápidamente con su infantería. Un fuego de artillería repentino y bien dirigido, recibió á nuestros batallones, pero no les impidió avanzar. El valiente coronel Macon entró en el cauce del río con su media brigada, lo vadeó por mas arriba y mas abajo del puente y ganó la opuesta orilla. La caballería austriaca mandada por el general Palfy, quiso entonces cargar á aquella media brigada, pero este general cayó muerto y fueron dispersadas sus tropas. Reforzados los franceses con el resto de la division de Lannes, avanzaron en persecucion del enemigo con su vivacidad acostumbrada. Aprovechándose el general Haddick del desórden de aquella persecucion, lanzó sus escuadrones con suma oportunidad. El 6.º de ligeros se vió obligado á detenerse; pero la 22.ª formada en columna cerrada, rechazó solo consus fuegos aquella nueva carga de la caballería austriaca. Algunos miles de caballos se movieron entonces á la vez para hacer el último esfuerzo contra nuestra infantería. Las 40.ª y 22.ª medias brigadas formadas en cuadro sostuvieron con prodigiosa firmeza aquella embestida formidable. Tres veces fueron cargadas y otras tantas vinieron los escuadrones enemigos á estrellarse contra las puntas de sus bayonetas. Viéndose el general Haddick en la imposibilidad de resistir á la vanguardia del ejército francés, dió la órden de retirada, y despues de haber perdido muchos hombres entre muertos y heridos y algunos prisioneros, cedió á

Lannes la llanura del Piamonte y se retiró detrás del Oreo. Lannes continuó su marcha, y el 28 de mayo (8 de pradiel), se presentó en Chivasso á orillas del Pó. Aterrados los austriacos con esta invasion repentina se apresuraban á evacuar á Turin. Bajaban por el Pó barcos cargados de trigo, arroz, municiones y heridos. Lannes se apoderó de todos estos convoyes, de suerte que la abundancia preparada por los austriacos para su ejército iba á servir al nuestro de regalo.

Trece dias habian transcurrido, en cuyo tiempo se habia realizado completamente la prodigiosa empresa del primer consul. Un ejército de cuarenta mil hombres con su infantería, caballería y artillería, habia pasado sin caminos transitables las montañas mas elevadas de Europa, arrastrando á fuerza de brazo su material por encima de la nieve ó empujándole bajo el fuego mortífero de un fuerte que disparaba á boca de jarro. Una division de cinco mil hombres habia bajado el pequeño San Bernardo; otra de cuatro mil habia desembocado por el monte Cenís, un destacamento ocupaba el Simplon, y por último un cuerpo de quince mil franceses, bajo las órdenes del general Moncey, se hallaba en la cumbre de San Gortardo, ascendiendo á mas de sesenta mil soldados los que iban á entrar en Italia, y aunque es cierto que los separaban todavia grandes distancias, estaban seguros de reunirse muy en breve al rededor de la masa principal de cuarenta mil hombres que desembocaba por Ivrea al centro del semicírculo de los Alpes. ¡Y aquella marcha extraordinaria no era locura de un general que por envolver á su adversario se esponia él mismo

á una derrota! Dueño el general Bonaparte del valle de Aosta, del Simplon y del San Gotardo, tenia la certidumbre, si perdía una batalla, de poder regresar al punto de donde habia partido sacrificando á lo mas alguna artilleria, si se veía muy ostigado en su marcha. No teniendo ya necesidad de guardar misterio, vino á Chivasso en persona, arengó á las tropas, les felicitó por su firmeza delante de la caballeria austriaca, les anunció los grandes resultados que preveía, y se mostró no solo á sus soldados, sino tambien á los italianos y austriacos, para intimidar ahora con su temible presencia al enemigo á quien poco antes queria dejar dormir en una seguridad profunda.

¿Qué hacia durante este tiempo el baron de Melas? Tranquilo siempre este general con las noticias que le dirigian el gabinete de Viena y sus propios agentes, relativas á aquel fabuloso ejército de reserva, continuaba el sitio de Génova y el ataque del puente del Var. En ambos puntos habia sufrido pérdidas considerables, pero por lo demas persistia en creer que las reuniones verificadas en Dijon, no eran mas que un acinamiento de conscriptos, destinados á llenar las bajas de los cuadros de los dos ejércitos del Rhin y de Liguria. Un parte que recibió á mediados de mayo le inspiró sérios temores acerca de su retaguardia; sin embargo, se tranquilizó muy en breve y volvió á creer que las fuerzas que se habian reunido en Dijon debian bajar directamente por el Saona y el Ródano para juntarse con el cuerpo del general Suchet á orillas del Var. En lugar de enviar tropas por la garganta de Tenda

al Piamonte, conservó todas sus fuerzas delante del puente del Var, á las órdenes del general Elsnitz. Entre tanto las columnas francesas que desembocaban á la vez por todos los valles de los Alpes, reconocidas y designadas con la mayor exactitud por el general Wakassowich, le sacaron al fin de sus ilusiones, aunque sin desengañarle completamente. Dejó al general Ott con treinta mil hombres delante de Génova, al general Elsnitz con veinte mil delante del puente del Var, debiendo ser reforzadas estas últimas con las tropas del general Saint-Julien, disponibles desde la toma de Savona, y volvió á pasar con un destacamento de diez mil hombres la garganta de Tenda para dirigirse á Coni. El 22 de mayo se hallaba en esta última plaza. Hasta entonces creía el general austriaco que las tropas francesas que se habian presentado, eran solamente partidas de conscriptos, empleados en hacer una demostracion á su retaguardia para desviarle del sitio de Génova, y todavia no imaginaba que pudiese ser el mismo general Bonaparte á la cabeza de un poderoso ejército. Pero no tardó en ver desvanecida esta última ilusion, pues habiendo enviado á Chivasso, sobre las márgenes del Pó, á uno de sus oficiales, que conocia perfectamente al general Bonaparte, vió este con sus propios ojos al vencedor de Castiglione y de Rivoli, y enteró de ello á su general en jefe, quien solamente entonces pudo calcular toda la estension de sus peligros, porque se convenció de que no era un peloton de conscriptos los que el primer consul venia mandando. No era esto todo; habiase dudado de que los franceses tu-

viesen artillería, pero acababa de oirse en el Chiusela el estampido de sus cañones. Este anciano respetable que en la campaña anterior había desplegado vastos conocimientos, se entregó entonces á la mas cruel desesperacion, la cual se aumentaba de dia en dia, porque no tardó en saber que las cabezas de columna del general Moncey descendian del San Gotardo.

Hallábase con efecto en una situacion extraordinariamente grave. De ciento veinte mil hombres habia perdido por lo menos veinte y cinco mil delante de Génova y del puente del Var. Los que le quedaban se hallaban dispersos; el general Ott estaba delante de Génova con treinta mil hombres; el general Elnistz con veinte y cinco mil delante del puente del Var; el general Kaim, encargado de guardar las salidas de Suza y de Pignerol con doce mil hombres habia perdido á Suzay se retiraba á Turin; el general Haddick que con nueve mil hombres poco mas ó menos debia guardar los valles de Aosta y de la Sesia acababa de retirarse delante de Lannes, y el general Wukasowich que con diez mil hombres observaba los valles del Simplon y del San Gotardo, ¿no podia considerarse perdido teniendo delante al general Moncey? El mismo baron de Melas se hallaba en Turin con un cuerpo de diez mil hombres procedente de Niza, y por último el general Bonaparte, ¿no iba á caer en medio de estos cuerpos dispersos, batirlos unos tras otros y derrotarlos completamente? Tal vez habia tiempo de tomar determinaciones saludables, siempre que se concibieran y ejecutáran sobre la marcha, pero el general austriaco perdió algunos dias en reco-

brarse, en enterarse de los proyectos de su adversario, en formar los suyos propios y resignarse en fin á los sacrificios que debia producir una concentracion de fuerzas, pues era preciso abandonar á un mismo tiempo el Var, tal vez á Génova y de seguro gran parte del Piamonte.

Mientras él deliberaba, el general Bonaparte tomaba sus medidas con aquella prontitud y resolucion que tanto le distinguian. Las determinaciones que debia tomar no eran menos graves que las de su adversario. Si dispersos estaban los austriacos, tambien lo estaban los franceses, porque bajaban del monte Cenís, del grande y pequeño San Bernardo, del Simplon y del San Gotardo. Preciso era reunirlos, cortar en seguida toda retirada al baron de Melas, y en fin, libertar á Massena que en aquellos momentos debia estar reducido al último apuro.

Al bajar el general Bonaparte de San Bernardo, tenia á su derecha al monte Cenís y á Turin, á su izquierda el San Gotardo y Milan, y á cincuenta leguas delante de él á Génova y á Massena. ¿Qué partido pues debia tomar en aquella circunstancia? Apoyarse por la derecha en el monte Cenís para reunir á los cuatro mil hombres del general Thurreau, era un resultado de muy poca importancia, porque de este modo se esponia á tropezar desde luego con Mr. Melas, lo que no era muy peligroso sin duda en el estado de dispersion de sus fuerzas; pero apoyándose en la derecha, le dejaba por la izquierda espeditos para su retirada los caminos de Milan y de Plasencia. Y en verdad que no merecia haberse hecho tan grandes esfuerzos para trasladarse al través de los